

EL SENTIDO DE LA ORACION MONASTICA EN LA IGLESIA DE HOY¹⁶

Es difícil ser original cuando se habla de la oración; más difícil aún es hablar de la oración a religiosas contemplativas. Parecería que ya todo ha sido dicho acerca de la oración. Lo único que todavía cabría esperar sería, no nuevos discursos sobre la oración, sino la descripción de experiencias espirituales.

No voy a hacer la descripción de una experiencia mística, sino la descripción de la experiencia de un pastor. Les invito a reflexionar acerca del lugar que ocupa la oración en la vida y la misión de la Iglesia. Al recordarles esto, creo que les habré recordado su lugar en la Iglesia y en el mundo. Les habré recordado lo que esperamos de ustedes. Y lo que esperamos de ustedes no es tanto que realicen cosas, sino que sean religiosas contemplativas.

Cuando se pregunta a los cristianos cuál es la ocupación principal de las monjas, responden espontáneamente: rezar.

No hablan de contemplación ni de oración, ya que estas palabras no les resultan familiares, sino que hablan de la plegaria. Hay quienes en sus dificultades se encomiendan a las oraciones de las religiosas, convencidos de que la oración de una religiosa es más eficaz que la de un laico. Es decir, que los cristianos asocian muy justamente el estado de la monja, con la plegaria. Pero debemos agregar enseguida que ellos insisten en la eficacia de esta oración y desean que las contemplativas aseguren una función supletoria; a menudo se dicen las siguientes frases: “Recen por mí, recen por nosotros”. “Recen por mí porque yo no tengo tiempo, porque yo rezo mal. Ustedes, las religiosas, serán seguramente mejor escuchadas que yo”. En las respuestas al cuestionario propuesto, algunas de ustedes han anotado que se las considera como “pararrayos” o incluso como “amuletos”. Estas expresiones traducen una idea bastante difundida. Las dos expresiones, “pararrayos” y “amuleto”, nos remiten a la eficacia de la oración de las religiosas por los demás. No debemos lamentarlo. Sin embargo, la función supletoria podría ser criticable y podría exigir algunas precisiones y distinciones.

No es mi propósito enfocar la oración por ese lado, sino por el de la significación. No responderé a la pregunta: “¿Para qué sirve la oración?”, sino “¿Qué sentido tiene la oración?”, a fin de explicar el sentido de la vida contemplativa y no su utilidad. Esta es una perspectiva familiar para ustedes.

El cuestionario que les ha sido presentado las invitaba a reflexionar sobre este aspecto de la oración. Ustedes han respondido a las preguntas y prácticamente no queda nada por agregar a lo que ustedes han dicho. Me contentaré con clasificar, sintetizar y, a veces, desarrollar lo que han enunciado en algunas frases cortas.

En las respuestas aparece todo un aspecto negativo a propósito de esta significación: el mundo incrédulo no comprende la oración. Para él es algo sin sentido, es una pérdida de tiempo. No quiero pasar por alto esta incompreensión. Sin embargo, no la tendré demasiado en cuenta. A fin de integrar esta actitud de incompreensión en mi desarrollo, simplemente les diré que la significación de la oración para el mundo nos exige considerar otra cosa: la presencia de los cristianos en el dinamismo del mundo. Debemos captar en su unidad la significación de la

¹⁶ Conferencia pronunciada en la Asamblea General de “Service des Moniales” (Orsay, 22-26 de junio de 1975). Texto traducido de *Documentation Catholique*, n. 15690, p. 86. Tradujo: Isabel Guiroy, osb. Abadía de Sta. Escolástica, Argentina.

Iglesia que es orante y que está comprometida en la construcción del mundo, la cual se realiza a través de luchas y combates. Sin la oración, el compromiso de los cristianos perdería rápidamente su originalidad. Pero sin esta presencia de los cristianos allí donde se construye el futuro de la humanidad, la oración se volvería rápidamente “insignificante” (no significativa) e incluso sería un antitestimonio. Atraería sobre sí nuevamente el reproche que a menudo se te formula de ser una evasión, una huida; de desmovilizar al hombre, de adormecerlo y tranquilizarlo fácilmente.

Al abordar entonces la significación de la oración de ustedes, debemos pensar continuamente que esta significación sólo se percibe si hay otros miembros de la Iglesia presentes en el combate que pelean los hombres, y si estos miembros son testigos del Reino de Dios que viene.

Hablo del sentido de la oración. Pero ¿por qué enfocar la oración desde el ángulo de la significación? Quisiera responder a esta primera pregunta. Luego trataré sucesivamente los siguientes puntos:

- Oración y anuncio del Evangelio
- Oración y apertura al mundo
- Oración y sentido del hombre

La primera parte condiciona las otras tres: constituye su telón de fondo.

¿Por qué preguntarse sobre el sentido de la oración?

Cuando se trata del tema de la oración, normalmente se habla de su valor, su necesidad, sus condiciones, su eficacia. Se lo enfoca poco o nada desde el ángulo de su significación. ¿Por qué ponemos hoy una atención especial en su sentido? Pienso que no será inútil responder a esta pregunta. En efecto, a través de esta respuesta veremos mejor el lugar que ocupa la oración en el mundo de hoy. Si hoy en día se acentúa la significación de las realidades eclesiales, es porque hemos salido de la cristiandad y porque la Iglesia vive una nueva situación en el mundo. La Iglesia ha vivido largos siglos de cristiandad. Esquematizando, se podría caracterizar el régimen de la cristiandad de la siguiente manera: la Iglesia abarca toda la sociedad; lo “temporal” es distinto de lo “espiritual”, pero le está subordinado; el poder temporal y el poder espiritual persiguen un mismo fin: el Reino de Dios. La cristiandad ha sido una cierta forma de presencia de la Iglesia en el mundo, enteramente válida en el contexto cultural de la época, y que se justifica por el hecho de que todos los hombres son cristianos: se objeta esa institución eclesial, de ningún modo el fundamento religioso de la sociedad; se la objeta desde el interior de la fe. En semejante régimen, no se plantea la cuestión de la significación de la institución, ni de los sacramentos, ni de la oración, ya que ésta es aceptada por todos. Únicamente se insiste en su eficacia. Los sacramentos son Signos sagrados que producen la gracia y que se han de recibir para crecer en gracia. Son medios. La oración es un medio indispensable para vivir bien la vida cristiana. Hay que rezar por la mañana y por la noche y en las tentaciones. No rezar es exponerse a entrar en la tibieza y la indiferencia. La oración es eficaz, no solamente para sí mismo, sino también para los demás.

Todo esto es excelente y sigue siendo verdadero. No es cuestión de criticarlo ni de olvidarlo. Pero lo que debemos descubrir es que la Iglesia ha entrado en una nueva situación, que ha iniciado una nueva relación con el mundo y que esta situación la lleva a acentuar la significación de sus instituciones y de las grandes funciones que ella cumple.

Para calificar esta nueva situación de la Iglesia en el mundo, se habla de “secularización” y de sociedad secular.

La secularización (término impropio, por otra parte), es un proceso histórico mediante el cual la sociedad se libera de la tutela de la Iglesia y se construye sin relación a Dios, ni a Cristo, ni al Evangelio. La sociedad secular no niega estas realidades, no las combate. Las relega al ámbito privado. Deja a cada uno la libertad de profesar la fe que prefiera o de no profesar ninguna. De allí el pluralismo religioso.

Al mismo tiempo que la sociedad se construía con una total autonomía, se desarrollaron la indiferencia y el ateísmo. El ateísmo, luego de haber sido antiteísmo, se ha convertido o tiende a convertirse en “ateísmo”; el “a” tiene un sentido privativo. En otros términos, el ateísmo se esfuerza más en exaltar la libertad del hombre que en probar que Dios no existe.

La consecuencia de esta situación es que la Iglesia es ahora minoría en un país donde estaba sólidamente implantada, y que entra “en competencia” con otras fuerzas que se ejercen sobre la sociedad. De ahora en más está bajo la mirada de un prójimo que no es cristiano o que habiendo sido bautizado en virtud de una tradición ahora la ha abandonado. Está bajo la mirada de un prójimo que no la conoce y que la juzga. Está llamada entonces a preguntarse qué le dice a ese prójimo con sus palabras, sus celebraciones, sus compromisos y sus instituciones. Allí encontramos la problemática de la Iglesia “signo de salvación”, expresión ésta del Concilio que ha sido estudiada por la Asamblea Plenaria del Episcopado. Se subraya también el testimonio de los cristianos y de las comunidades cristianas, testimonio que exige una perpetua conversión.

Aclaro, sin embargo, que en este esfuerzo no es sólo cuestión de preocuparse por el “aparentar”. La Iglesia no es una señora anciana que se viste de joven para esconder las deficiencias de la edad. La cuestión es “ser”. Lo que importa es su ser profundo, su misterio y, al mismo tiempo, su testimonio entre los hombres. Sin negar para nada la eficacia de sus celebraciones sacramentales -para poner un ejemplo-, ella se pregunta qué le dice con sus celebraciones, en el contexto actual, al no cristiano, al no creyente. De allí, la búsqueda de una celebración viva, y que sea la celebración de toda una asamblea consciente, activa y que celebra a su Señor. Sin negar la eficacia que tiene para su propia vida la existencia de las comunidades contemplativas, la Iglesia se pregunta qué les dice a los hombres la existencia de esas comunidades. Las reformas realizadas en el seno de los monasterios apuntan a restituir una mayor significación a este estado de vida. Sin negar la eficacia de la oración, estamos todos llamados a preguntarnos qué significa para el no creyente un cristiano que reza; qué significa la existencia de una comunidad que consagra su vida a la oración. ¿Qué expresa esta comunidad acerca del misterio de Dios, del misterio de la Iglesia y del misterio del hombre?

Debo recordar aquí la observación que hice anteriormente: esta cuestión no debe llevarnos en primer lugar a readaptar la expresión de nuestra oración, a “purificar la copa”, a cuidar el exterior. Debe llevarnos a ser orantes auténticos, a hacer un esfuerzo con respecto a la calidad. Todo esto por dos razones: la primera, porque la oración, antes que ser una expresión oral, vocal o corporal, es una actitud profunda delante de Dios. La segunda porque no se trata de parecer orantes sino de ser orantes, si queremos ser testigos y revelar al mundo el misterio de Dios y de la Iglesia, si queremos introducir en el mundo un sentido del hombre. Dicho esto, voy a abordar la significación de la oración en tres campos:

- El anuncio de la palabra
- La apertura al mundo moderno
- El sentido del hombre

Estos son tres puntos importantes y discutidos hoy.

La oración como fundamento de la “predicación”

Empleo aquí la palabra predicación en el sentido de anuncio del Evangelio con el fin de que los hombres encuentren a Jesucristo y lo confiesen como Salvador. Lo que quisiera recordar es el sentido de la oración en la actividad misionera de la Iglesia.

Cualquier hombre, creyente o no, puede discurrir sobre Dios correctamente. En último término, un profesor puede enseñar la doctrina cristiana sin tener fe. Todo hombre tiene siempre la posibilidad de transmitir un conocimiento recibido. Por otra parte, debo decir que la misión principal de la Iglesia no es paradójicamente la de decir una palabra sobre Dios, sino la de atestiguar una palabra de Dios oída y vivida, atestiguar la respuesta que da a la palabra revelada, el cambio interior que esta palabra de Dios ha determinado en ella, y la decisión provocada y efectivamente tomada. No digo que la oración abarque y recubra todos estos elementos: escuchar, responder y cambiar, pero sí digo que ella es su alma, tomando la palabra oración en el sentido de acto de orar, acto de relación con Dios.

Hablo evidentemente de la oración cristiana, que es original en el sentido de que es siempre participación de la oración de Cristo. Nosotros no inventamos la oración: nos precede; existe fuera de nosotros; es la relación que Cristo no cesa de expresar a su Padre. En el seno de la Trinidad, el Hijo es alabanza y acción de gracias al Padre de quien todo lo recibe: es oración. Al hacerse hombre, expresa en su humanidad esta relación con el Padre: es la oración del hombre Jesús, es la oración del Hijo de Dios. La oración del hombre es, en adelante, participación de la de Cristo. Nosotros no inventamos la oración: hacemos nuestra la oración de Cristo. Cuando rezamos, lo hacemos en memoria de Cristo orante, es decir, actualizamos la oración de Cristo. Esta es la originalidad de la oración cristiana. El Hijo de Dios se hizo hombre para poner a la humanidad en relación con el Padre, para ubicarla en situación de alianza. Él pronunció un día el nombre de “Abba”, que quiere decir “padre querido” y que equivale a nuestro “papá”, manifestando así una relación de profunda intimidad con el Padre. A El, que había recibido del Padre la plenitud del conocimiento de Dios, le correspondía el privilegio mesiánico de nombrarlo así, familiarmente, como un niño... Este “Abba” expresa la afirmación de su misión y el meollo de su mensaje.

Jesús ha dado a los suyos el poder de pronunciar con Él y en Él esta palabra “Abba”. Les ha participado su posición de Hijo y, porque son sus discípulos, les ha dado el poder de hablar al Padre con una confianza de niños pequeño. Llega incluso hasta afirmar que esta nueva relación del hijo con su Padre abre, por sí sola, la puerta del Reino de los cielos (*Mt 18,3*): si no os hacéis como niños pequeños... San Pablo lo entiende así cuando afirma en dos oportunidades que el grito de “Abba”, “Padre”, “es el signo de la filiación y de la posesión del Espíritu”.

Al crear esta nueva relación, que implica una proximidad que nosotros no hubiéramos podido imaginar, hecha de ternura y de confianza, pero de una ternura que no desconoce la trascendencia de Dios, Jesús ha obrado una revolución fundamental. Ha instaurado una relación nueva entre Dios su Padre y los hombres: es lo que se llama la gracia o la divinización. Este nuevo trato con Dios, esta nueva situación del hombre, ha dado al hombre una nueva imagen de sí mismo y ha creado relaciones nuevas con sus hermanos. San Pablo habla en varias oportunidades de ese nuevo ser que hemos devenido en Cristo. De ahí que orar no es para la Iglesia (ni por lo tanto para cada cristiano) una necesidad que se le impone en virtud de una ley divina y como desde el exterior. No es un medio de estar en regla con la voluntad de Dios o de obtener la gracia o las gracias. Para la Iglesia, orar es ser en plenitud y expresar lo que es. La Iglesia es esa parte de la humanidad que con Cristo y en el Espíritu dice “Abba”, Padre querido. No ora para obtener la gracia, sino porque está en gracia. Porque es esa parte de la humanidad que reconoce Y acoge la gracia, la Iglesia vive esta relación que Dios ha creado y la expresa con palabras, gestos y comportamientos. O la Iglesia de Cristo es el lugar de la oración, del culto que se rinde a Dios, o ella ya no es más la Iglesia de Cristo. Deberíamos cesar, de una vez por todas, de oponer culto a misión y a compromiso, o si no, deberíamos ponernos de acuerdo sobre esta palabra culto. En efecto, parecería que a menudo no es tanto el culto en sí lo que se critica, sino una práctica mágica, farisaica y tranquilizadora. Si la principal misión de la Iglesia no es la

de ser, como Cristo, para el Padre” -y esto sin más justificación que la de existir para la gloria del Padre, en relación con Él- no veo ya qué es lo que tiene la Iglesia de único y de original. Sería difícil reconocer en ella la revelación de Jesucristo. ¿Acaso no se define la Iglesia como una asamblea de hombres que proclaman que están en relación con Dios Padre por Cristo en el Espíritu?

En efecto, la Encarnación tiene por objeto colocar a la humanidad en situación de oración, es decir, en una nueva relación con el Padre. La Encarnación redentora, que está en el centro del cristianismo, se aprehende ciertamente a través de un conocimiento que la Iglesia ha elaborado en el curso de los siglos; mejor todavía, se la percibe en el testimonio de aquellos que viven esta nueva relación instaurada por Cristo y que la expresan en la oración. Este testimonio no es en primer lugar el amor fraterno, sino un amor fraterno que se fundamenta en un amor de Dios vivido y expresado. En este sentido, la Iglesia no es orante y misionera: es misionera porque es orante, es decir, porque da testimonio de su experiencia de Dios, porque existe para el Padre, al que rinde un culto incesante y porque, precisamente por eso, anuncia que el hombre existe “para el Padre”.

La Iglesia será capaz de decir a los hombres una palabra sobre Dios, en la medida en que haga esta experiencia espiritual, en la medida en que escuche la palabra de Dios y responda a ella. Sin la experiencia de una relación con Dios en la oración, toda palabra sobre Dios no es más que una palabra humana. Por lo demás, muy pronto dejará de ser una palabra sobre Dios para convertirse en una palabra sobre el hombre. ¿Y qué es el hombre fuera de su relación a Dios?

Al tomar la decisión de hacer de la oración la actividad esencial de su vida, la monja recuerda a los cristianos que la palabra de Dios está dirigida a ellos en primer lugar; que les está dirigida para que le den una respuesta personal y tengan la experiencia de Dios en Jesucristo. Se trata, en efecto, de que cada cristiano transmita, no su propia palabra, su opinión o su juicio, sino la palabra de Dios, palabra que acoge para transmitirla. Pero, por otra parte, el cristiano no es un escolar que repite una lección aprendida, sino que es un discípulo; y el discípulo adhiere a su maestro. Es un testigo y el testigo da testimonio de aquello que ha experimentado. Lo que transmite es la palabra de Dios, una palabra que ha hecho suya, hasta tal punto, que se podría decir, en último término, que es su propia palabra. No digo que sea la misión de las contemplativas hacer la experiencia de Dios en lugar de los cristianos comprometidos que no tienen tiempo. Afirmo que la misión de las contemplativas es la de recordar que Dios es un Dios que habla al hombre en Jesucristo y que un cristiano es un hombre que habla a Dios en Jesucristo y en el Espíritu; y que es este escuchar y este responder lo que le da el derecho de pronunciar una palabra acerca de Dios, de hablar de Dios. Sin esta primera etapa fundamental, sin esta oración, el cristiano hablará de Dios como de un objeto, o como de un ser supremo, mientras que lo que debe atestiguar es una relación actual que mantiene con Él. San Policarpo no dice un largo discurso sobre Dios a los verdugos que lo interrogan: afirma que Jesús es su Maestro y Señor y que no quiere romper la relación que en ese mismo momento mantiene con Él. Muere para permanecer en esta relación y dar testimonio de ella. San Ignacio, otro mártir de principios del siglo II, afirma que muriendo por Cristo el mártir se convierte en “Palabra de Dios” para los demás. En efecto, la única palabra válida que puede pronunciarse acerca de Dios es la palabra que le dirigimos a Dios como Cristo en la cruz: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. El discurso más hermoso que pueda hacerse sobre Dios es una vida dedicada a escucharle y responderle. ¡Que no se diga que esto es huida y evasión! Esto es esencial y significa para el hombre existir en plenitud. ¡Que no se diga que la oración desmoviliza al hombre! El hombre se desmoviliza cuando no sabe quién es ni por qué actúa. Sin embargo, el hombre descubre quién es y se identifica escuchando la Palabra y dándole una respuesta.

Dada la abundancia de palabras sobre Dios, es indispensable que haya personas que no hablen de Dios sino que hablen a Dios, o que guarden silencio frente a Dios y nos recuerden sin cesar que todo discurso sobre Dios encuentra su justificación en una palabra dicha a Dios.

Apertura a Dios, apertura al mundo

La “apertura al mundo” se ha convertido en una expresión corriente, sobre todo después del Concilio, que ha sido en sí una apertura. Por lo demás, sería más exacto hablar, no de apertura al mundo, sino de apertura a la modernidad o al mundo moderno. En efecto, la Iglesia ha de mirar con benevolencia, pero también con espíritu crítico, la nueva cultura que está naciendo, a fin de anunciar el Evangelio a los hombres que viven en esta nueva cultura.

Es un hecho que en el curso de los dos siglos precedentes (e incluso quizás más), la Iglesia se ha sentido atacada por esta cultura -algunas de cuyas manifestaciones ha condenado- y que se ha replegado un poco sobre sí misma. Estas pocas afirmaciones necesitarían muchos matices. Las recordamos aquí para poder medir mejor la apertura al mundo que se está operando en la Iglesia y poder comprender mejor el sentido de las reformas emprendidas. Lo que se juega es importante. La operación consiste, en efecto, en ver cómo pensar, vivir y anunciar la fe en una cultura cuya total dimensión no ha sido captada todavía. Y esto en la fidelidad al Evangelio.

Semejante operación no se realiza sin riesgos. Se ha hablado de la fe en Dios reducida a una fe en el hombre, del Reino de Dios reducido al establecimiento de un mundo terrenal mejor, más justo y más fraterno. Se ha denunciado la pérdida del sentido de la trascendencia de Dios. Se acusa a ciertos movimientos de la Iglesia, de pretender convertir a Cristo en “el ideal del vivir para el otro”, es decir, en el modelo de caridad fraterna y nada más. Se acusa a ciertos cristianos de invertir toda su fe en su acción política. Se les reprocha lo que se llama su horizontalismo. Se les reprocha que identifiquen el primer mandamiento con el segundo y que supriman, en consecuencia, el amor de Dios y todas sus manifestaciones: me refiero particularmente al culto.

Estos riesgos no son ilusorios; y es evidente que a veces acompañan a la apertura al mundo excesos de lenguaje y actitudes que chocan la fe de otros cristianos. Sería necesario examinar atentamente cada caso, y tener el coraje de escuchar a los cristianos que se comprometen y que tratan, por estos compromisos, de vivir como tales y de anunciar a Jesucristo. Muy a menudo se hacen juicios rápidos y falsos. No es menos cierto que los denominados integristas disponen de buenos argumentos para denunciar los peligros de esta apertura y pedir más disciplina y a veces incluso una retirada. “Si esta apertura continúa, dicen, la fe está en peligro. Si la Iglesia acentúa todavía más este movimiento, se perderá, se diluirá en el mundo. Muy pronto no será más que un sentido religioso del dinamismo del mundo. Y esto es propiamente un ‘naturalismo’”.

Semejante advertencia no es una novedad. Israel ya había conocido esta alternativa entre abrirse a las naciones con compromisos y conversiones al paganismo, y replegarse sobre sí mismo, con la consiguiente pérdida del sentido misionero (cf. Jonás luego del Exilio).

¿Qué hacer frente a este riesgo de un posible compromiso? “Hay que tener un poco de tino”, dicen algunos. “Debemos, por supuesto abrirnos al mundo, pero no demasiado. Los cristianos deben, por supuesto comprometerse en todos los movimientos que quieren un mundo nuevo, mejor, más justo, y deben participar en las actividades de estos movimientos, pero no demasiado. Si se comprometen totalmente, o pierden la fe, o de lo contrario, si quieren permanecer unidos al Evangelio, lo pervierten. ¿Acaso no es esto lo que constatamos con toda esa reinterpretación y esas relecturas del Evangelio que hacen muchos de los cristianos presentes en los dinamismos del mundo?”.

Me parece que plantear la cuestión en términos de medida, de dosificación, de compromiso hasta cierto punto, es plantearla muy mal. El cristiano no será jamás suficientemente hombre y, por lo tanto, no estará jamás suficientemente comprometido en la construcción de la sociedad en la que vive. No existe una medida para el compromiso cristiano y de la Iglesia en el mundo, ya que la Iglesia (y por lo tanto cada cristiano) ha sido enviada para anunciar la salvación a los hombres de todos los países, de todas las condiciones y de todas las culturas. No existe una

medida para el compromiso, pero existe una identidad cristiana y una fidelidad al Evangelio que deben mantenerse en el centro de todo compromiso. Se trata, entonces, de que la Iglesia y el cristiano se comprometan totalmente en el mundo, pero, al mismo tiempo, totalmente en Dios, a fin de que, por esa diferencia, se dé testimonio de la presencia de Dios en el mundo. “Si no se hubiera retirado tan adentro en la soledad con Dios, Cristo jamás se habría adentrado tanto en la comunidad de los hombres” (H. Urs von Balthasar). La actitud de Cristo es reveladora en ese sentido: fue hombre, plenamente hombre; vivió con los hombres; trató con gran libertad a todos los hombres. Y esto sin comprometerse con el pecado, porque al mismo tiempo era el Hijo de Dios, que permanecía en comunión con el Padre por el Espíritu Santo: oraba.

La Iglesia debe vivir según el modelo de su Señor: debe entrar lo más posible en comunidad con todos los hombres y en comunión con el Padre, por Cristo, en el Espíritu. Y sólo podrá permitirse la audacia de llegar hasta el fin de la comunidad con los hombres, si permanece orando al Padre continuamente, en comunión con él.

Aquí es donde encontramos el sentido de la oración de una Iglesia enviada en misión.

La Iglesia es esa parte de la humanidad que reconoce a Jesucristo Hijo de Dios y que, en Él, ora al Padre. Es orante. Vive para el Padre como el mismo Jesús vivía para el Padre. Orar no es para ella un medio de cumplir una actividad, sino que es respirar, vivir como Iglesia de Jesucristo. Orar forma parte de su ser.

La Iglesia es esa parte de la humanidad que revela al mundo a Jesucristo, Salvador de todos los hombres. La misión no es para ella una actividad suplementaria: constituye su ser, su vida de Iglesia de Jesucristo.

La Iglesia debe vivir esta doble actividad en la unidad. Permaneciendo en relación con el Padre, anuncia y transmite a los hombres la salvación de Dios. Si abandonara esta relación, no sería ya la Iglesia de Cristo y, al no cumplir ninguna misión, sólo sería -en último término- un cierto sentido religioso del movimiento de la historia del mundo.

De allí la importancia de la asamblea dominical de los cristianos para la oración litúrgica. Abandonar esta asamblea es abandonar una significación de la Iglesia. El cristiano no va el domingo a misa para reabastecerse, a fin de juntar fuerzas para toda la semana, sino para vivir y anunciar el misterio de Cristo.

De allí la importancia de la vida contemplativa, que no cumple sólo una función supletoria -la de rezar en nombre de los demás, de los cristianos comprometidos- sino que significa el misterio de la Iglesia y recuerda a todos los cristianos que existirá una comunidad con los hombres, significativa de la salvación, sólo si existe una comunión permanente con Dios.

Al hacer de la oración su principal actividad, la contemplativa recuerda que la apertura al mundo se fundamenta en una apertura a Dios. Por eso mismo, invita a una lectura espiritual del Evangelio. El hombre de acción -y esto es normal- tiende a consultar el Evangelio para saber lo que debe hacer. La parábola del Buen Samaritano, por ejemplo, le dice que debe ser caritativo con su prójimo. Se ha tomado el Evangelio, y se lo toma aún, como un libro de moral. En otro tiempo se hacía de él un libro de moral individual: hoy se hace de él un libro de moral colectiva (de él se extrae una política). La oración universal que sigue a la lectura, es una oración de petición: “Señor, que sea fuerte, que me atreva a comprometerme, que me comprometa”. Conocemos el esquema de la liturgia de la Palabra: la proclamación de un pasaje de la Escritura; una homilía, a menudo moralizante, que muestra la aplicación de este pasaje para hoy; una oración universal que es un llamado al compromiso y una oración para lograr este compromiso (que, bajo otro aspecto, también es moralizante).

Es evidente que el Evangelio nos introduce en un comportamiento moral. Pero antes que un código de moral ¿no es acaso el Evangelio el lugar de la experiencia de Dios en Jesucristo? ¿No es acaso ese lugar donde yo encuentro mi identidad, donde me reconozco porque Dios me dirige una palabra y yo le respondo? Antes de traducir el Evangelio en un acto de compromiso, y para poder traducirlo en actos, debemos rezarlo. Evidentemente, la parábola del Buen Samaritano me lleva a un comportamiento moral. Me llama a la caridad. Pero, en un primer momento, me llama a reconocerme en la persona despojada, abandonada y luego socorrida por Dios. El Evangelio es en primer término y antes que nada el lugar de una experiencia mística. Luego es acción y compromiso en el mundo. Es importante no chocar contra ese primer momento, si no queremos naufragar en la pura actividad humana. El hecho de que en la Iglesia haya personas que, por opción de vida, ponen el acento en la experiencia mística, recuerda a todo cristiano que el Evangelio puede ser vivido sólo cuando ha sido rezado antes. Al mismo tiempo, esto recuerda que el hombre no se justifica por su acción sino que es justificado gratuitamente por Dios. Recordar esto no está demás hoy en día: acentuamos tanto el compromiso del cristiano en el mundo, que el cristiano comprometido acaba pensando que su compromiso lo define y que sus obras lo justifican.

La oración y el sentido del hombre

¿Qué aportan al mundo, respecto del sentido del hombre, una Iglesia y un cristiano que rezan? Al responder a estas preguntas, prolongo la reflexión precedente.

Voy a precisar el contenido de la pregunta. Un hombre que reza, un grupo de cristianos que se consagran a la oración, afirma la existencia de Dios y de un Dios con quien declara mantener una relación actual. La oración revela a Dios, pero al mismo tiempo revela al hombre. ¿Qué dice del hombre la oración? La oración revela el hombre al mundo. Cuando hablo del mundo, no me refiero a la humanidad en general, sino a nuestros contemporáneos, a esos hombres que viven en una sociedad que se seculariza, es decir, que calla toda pregunta sobre el sentido de la vida. La atmósfera en la que estamos sumergidos se caracteriza por dos expresiones que se han convertido en slogans: la muerte de Dios y la muerte del hombre. No me detendré a comentarlas. Exigirían desarrollos demasiado largos. A menudo se repite la afirmación de que el ateísmo se ha convertido en un hecho masivo y que se impone. Esta afirmación exige, por otra parte, muchos matices. A menudo se recuerda también que la sociedad “secular” tiende a silenciar las preguntas sobre el sentido último de la existencia, y que esta sociedad segrega indiferencia.

Muerte de Dios. Se ha intentado y se intenta todavía demostrar que la fe es una desviación sin porvenir por la evolución de la humanidad. Se intenta demostrar por medio de qué mecanismo psicológico o sociológico nace y se desarrolla la fe, y esto a fin de liberar al hombre de esta fe considerada alienante.

Muerte del hombre. Algunas ciencias humanas terminan en un eclipsamiento del hombre como sujeto signifiante. Esto reduce a la nada el espacio inteligible a partir del cual el lenguaje de la fe puede tener todavía un sentido¹⁷.

Dios no existe, decía el ateísmo en estos últimos años, pero el hombre existe por algunos años, que merecen la pena ser vividos. Estos años cobran incluso toda su densidad y adquieren toda su riqueza en la medida en que se viven por sí mismos y no con la ilusión de que se prolongarán más allá de la muerte. El ateísmo se presenta, no tanto como una negación de Dios, sino como una valorización del hombre.

¹⁷ Cf. GEFFRE, *Concilium*, n. 86, p. 9.

Una corriente actual va más lejos todavía, y demuestra que el hombre no existe como persona única y original, como sujeto. El hombre no es más que el resultado de un conjunto de determinismos que pesan sobre él. Cree ser libre, pero no lo es. Cree que pronuncia una palabra única y original. El ideal que el hombre se forja de sí mismo es sólo una ilusión que es necesario denunciar.

Este bosquejo de una realidad extremadamente compleja, ha sido rápido y simplista. Pero lo importante para nosotros es tomar conciencia de un cierto clima. En semejante situación -aun admitiendo que estuviera mucho más matizada que el enunciado que acabo de hacer- el cristiano que quiere hablar del misterio de Cristo tropieza con un pueblo de sordos. De ahí el desaliento y el pesimismo de los cristianos, particularmente de los pastores. Ya no tienen frente a sí a hombres que luchan contra la fe, sino a indiferentes. Es quizás más difícil encontrarse frente a la indiferencia que frente a la combatividad de un contrario. “El odio mata; la indiferencia deja morir”. El resultado es el mismo.

¿Cuál podría ser nuestra actitud en esta circunstancia? O bien quejamos de lo difícil que nos resulta pronunciar una palabra que sea escuchada. O bien inclinarnos, *ya sea hacia el compromiso* -especialmente hacia el compromiso político, con el propósito de hacer presentir la salvación en Jesucristo a través de las liberaciones humanas de las que participamos-, *ya sea hacia la presencia silenciosa en medio de los hombres*. Estas dos formas de presencia en el mundo, no solamente tienen su valor, sino que son indispensables para revelar a Jesucristo. ¡Pero me pregunto si son suficientes!

La presencia silenciosa en medio de los hombres es excelente, siempre que se la encare como una primera etapa. Sin embargo, no debe ser más que una etapa. El cristiano ha recibido de Cristo una misión: anunciar el Evangelio. Debe proclamar su fe, ya que la fe existe sólo cuando se la confiesa. Llega un momento en que la existencia cristiana debe expresarse como tal, con toda su originalidad. Debe convertirse en palabra de Dios para el mundo. El compromiso para la liberación es una palabra, pero no siempre es escuchada como palabra de Dios. Además debemos preguntarnos si los grupos de oración -que se manifiestan como tales- no son acaso suscitados por el Espíritu para recordarnos cuál debe ser la originalidad de nuestra presencia en el mundo de hoy, sea cual fuere la forma que, en definitiva, adopte esta presencia.

Si no hablamos de Cristo en su relación a Dios, entonces Cristo se convierte en el “para el otro”, en el ideal moral del don de sí a los demás, en el sabio. Las teologías radicales nos revelan que este deslizamiento no es una ilusión.

Si no hablamos del hombre en su relación a Dios en Jesucristo, asistimos -y esto se constata hoy en día- un eclipsamiento del hombre como sujeto significativo. Cuando toda la realidad humana se inscribe entre el nacimiento y la muerte, el hombre puede dar sentidos parciales a sus actividades: el amor, la lucha, el trabajo, el ocio; pero no puede dar un sentido último ni a su existencia como totalidad, ni al universo, ni a la historia.

Importa, pues, revelar a Jesucristo en su relación original con el Padre, como la segunda persona de la Trinidad que se hizo hombre y ora al Padre. Igualmente, urge revelar al hombre como una relación a Dios; anunciar que Cristo ha venido a ubicarlo en una situación de nueva alianza, a establecerlo en una nueva relación con el Padre en el Espíritu.

Pero ¿cómo anunciar este misterio de Cristo, que es también el misterio del hombre? Para muchos de nuestros contemporáneos, todo lo que se diga sobre este tema carece de valor. El lenguaje que utilizamos para revelar algo de este misterio, no se comprende o se comprende poco. El hecho de comprometerse a trabajar para la liberación de los hombres, para obtener más justicia y fraternidad -lo que es indispensable- es susceptible de muy diversas interpretaciones. Ni el indiferente, ni el ateo leen necesariamente la presencia de Dios en el compromiso de los cristianos.

Por el momento, no hay más que una sola manera de anunciar al Dios vivo y presente en la historia de los hombres y de revelar el sentido del hombre: que los hombres se reúnan, vivan una continua relación con Dios y la manifiesten. A condición de que no conviertan la oración en un refugio. Llega un momento -y creo que nosotros vivimos ese momento- en que solamente la existencia que se vive con perfiles propios es una palabra que puede ser escuchada. Una existencia vivida con perfiles propios: no hablo solamente de la intención que anima la acción de los cristianos; ni hablo de esa acción en sí misma; ni hablo de la oración secreta; hablo de la experiencia de Dios vivida, expresada y proclamada. Hablo de hombres y mujeres que se reúnen para cantar la gloria de Dios y para rezar expresando su fe. Hablo de hombres y mujeres que se retiran a sus monasterios para consagrarse únicamente a la alabanza de Dios y que expresan, por medio de su existencia, que Dios está vivo, que está presente, que ellos están en relación con Él y que esto los colma.

Lo que se quiere es significar a los hombres que ellos están comprendidos en un diálogo que Dios ha inaugurado, tomando El la iniciativa. No se trata, entonces, de la oración escondida, de la oración que debemos hacer y hacemos en lo íntimo de nuestro corazón, sino de una oración que se exterioriza en pleno día. Es cierto que Cristo nos ha pedido que recemos en lo secreto. Pero debemos reubicar esta frase en su contexto: lo que Cristo condena es la práctica religiosa que se cumplía para exhibirse ante los hombres. Hoy, sin embargo, no se puede decir que el hecho de practicar la religión esté bien visto y pienso que no hay muchos cristianos que tengan la tentación de rezar para quedar bien con sus vecinos y recibir cumplidos.

La Iglesia y también el cristiano, en su esfuerzo por estar entre los hombres, significan algo sólo en la medida en que se diferencian de los demás. (En efecto, la significación se fundamenta esencialmente en la diferencia: en nuestro mundo, una realidad sólo es significativa cuando dice algo distinto que la realidad vecina). La Iglesia, entonces, es significativa sólo en la medida en que se distingue del mundo por todas aquellas riquezas que su Señor le encomendó comunicarle. Lo que la distingue es esencialmente la relación original que mantiene con el Padre, por el Hijo en el Espíritu, relación con Dios que crea una relación nueva de los hombres entre sí.

De esto se deduce que para la Iglesia, la oración, es decir, la expresión de esta relación, no es un simple medio destinado a obtener gracias de salvación o un mayor empeño en su tarea. Orar es revelar el sentido del hombre. Y esta es, sobre todo hoy, la principal misión de la Iglesia y de todo cristiano.

Con todo esto, yo no opongo acción a contemplación ni compromiso a oración. Simplemente recuerdo que la acción del cristiano en la sociedad solamente revela su originalidad cuando es la acción de un hombre que reza, la acción de un miembro de una Iglesia que es orante. Y esto lo recuerdo, no para expresar que la oración es la fuente de la acción -lo cual es evidente para el creyente- sino para afirmar que la oración da sentido a la acción del cristiano. Lo importante es que todos sepan que existen hombres que trabajan por el advenimiento de una sociedad mejor, afirman su relación con Dios en Jesucristo y reconocen la necesidad de que algunos de sus hermanos cristianos renuncien a la acción en la sociedad para consagrarse únicamente a expresar esta relación con Dios.

La existencia de hombres y mujeres que llevan una vida no rentable para la sociedad sino que trabajan únicamente para ganar el mínimo vital, la existencia de hombres y mujeres que se consagran a la oración de alabanza, a la oración que “no sirve para nada”, introduce en el mundo el sentido de la gratuidad. Es inútil recordar, en este aspecto, todo lo que se ha dicho y escrito sobre nuestra sociedad, la cual ha hecho de la eficacia su valor dominante. Es cierto que se juzga y se aprecia al hombre según su utilidad para la sociedad y según su capacidad de rendimiento. No exageremos, sin embargo, y reconozcamos que la sociedad se ocupa de los enfermos, aunque este servicio se ha convertido a la sazón en una industria. La sociedad socorre

a los ancianos y se esfuerza por integrar a los disminuidos. No obstante, aunque el servicio a los “inútiles” está asegurado, el hecho es que estos constituyen una clase aparte: la de aquellos que la sociedad sostiene porque no puede hacer otra cosa. Este esfuerzo no siempre está acompañado de un sentido del hombre. La medida del hombre sigue siendo “el hacer”.

Para la sociedad, el hombre completo es el hombre útil, que realiza un trabajo para el enriquecimiento del patrimonio nacional.

Este valor de la eficacia forma parte de la cultura actual hasta el punto de que todo el mundo se agita y corre sin cesar; y muchos se angustian hasta la neurosis cuando se sienten inútiles y se preguntan para qué sirven. ¡Como si la existencia *serviera* para algo! ¡Como si no tuviera valor en sí misma por el sólo hecho de ser la existencia de un hombre, por ser un don de Dios!

Este valor de la eficacia forma parte de la cultura hasta el punto de que muchos cristianos conocen sólo la oración de petición y consideran a Dios como el ser que sirve para algo. A Dios se lo ubica entre los objetos útiles. ¡Como si Dios fuera un objeto y como si *serviera* para algo! No hace mucho se oía esta pregunta: “¿Para qué *sirve* la fe?”. Pocos tuvieron el coraje de responder: “No *sirve* para nada; da plenitud a nuestro ser”.

Hoy, consagrarse a la oración, a la oración de alabanza, consagrar la propia vida a lo inútil, significa dar testimonio del hombre. Significa, en efecto, decir que el hombre no se define por lo útil, lo rentable, lo eficaz, sino que tiene valor porque existe. La oración de alabanza introduce al hombre en la libertad y en la alegría, cualquiera sea su situación. Lleva al hombre a descubrirse como don y como don gratuito; lo lleva a descubrirse como “milagro”, es decir, como maravilla.

Al empezar, dije que los cristianos consideran a las contemplativas, esencialmente como mujeres de oración. Y tienen razón. Pero agregué que, por una parte, les piden que cumplan una función supletoria y, por otra, encaran la oración únicamente bajo el aspecto de la eficacia.

Al terminar, formulé un deseo: que ustedes puedan revelar el sentido que para el hombre de hoy tiene la oración y ayudar a los cristianos a descubrir ese sentido. Y no veo más que un medio para realizar esto: que, manteniendo íntegramente su autonomía, sus exigencias y su vida comunitaria, los monasterios puedan ser a la vez lugares de oración para todos aquellos que buscan a Dios.

*Albi
Francia*